

ENRIQUE ROJAS

CATEDRÁTICO DE PSIQUIATRÍA

## Personalidad y cultura

«El último reducto de cada uno alberga

quién es, a lo que aspira, lo que le gustaría

llegar a ser, sus fracasos y conquistas»



La frondosidad de ingredientes, laderas, ángulos y matices de la personalidad, convierte el tema en un mar sin orillas. Cada uno va construyéndola poco a poco, desde la infancia ésta va emergiendo entre lo congénito, lo adquirido y las vivencias que se amontonan. Son las tres caras de la personalidad: herencia, ambiente y la experiencia de la propia trayectoria. Llegar a ser persona libre, independiente, con una cierta madurez y equilibrio, es la meta, la aspiración hacia donde se deben dirigir nuestros esfuerzos. Capacidad para pilotar el mundo personal. La clave suele residir en una síntesis de planos, pero en donde haber tenido un modelo de identidad va a tener una decisiva importancia.

Los psiquiatras somos expertos en la conducta. Por eso, tenemos muy presente lo importante que es haber crecido con personas sólidas, fuertes, firmes, consistentes, que nos atraen a seguir en una dirección parecida. Tan pronto como al adolescente o al joven se le ofrecen figuras atractivas, sugerentes, con una clara coherencia y en donde uno ve plasmados ideales y logros y esfuerzos, uno se ve arrastrado hacia esa dirección. En la sociedad de la comunicación, estamos traídos y llevados y bombardeados por una ingente cantidad de información y de datos, que de verdad y a la larga, aportan poco al crecimiento personal. Se suceden las imágenes negativas y las noticias sombrías y los personajes sin mensaje. Y no es que no los haya, sino que en los grandes medios de comunicación se escogen sujetos vulgares, con escaso interés. Esta constante en más de medio mundo, ya ha producido unos efectos, tenemos los resultados delante de las narices.

Yo quiero adentrarme y ver qué hay debajo de las apariencias. Lo que ellas encubren. Andar los pasadizos de la ciudadela privada que cada uno es. Descubrir el sentido de esa vida, los porqués de haber seguido esta travesía y no otra. Las motivaciones últimas. Cuando nos entrevistamos con alguien con el fin de saber qué le pasa, por el amplio corredor de nuestra mente van desfilando esquemas, en donde va clasificando o situando a la persona que tenemos delante. Saber escuchar es un arte que necesita tiempo y oficio. También debajo del discurso verbal, hay un subsuelo que es menester descubrir. En los niños la exploración de la conducta es más sencilla, pues todavía no han aparecido los mecanismos de camuflaje. En la adolescencia hay un desbordamiento de vivencias, en donde todo salta y sube y baja y se embravece y luego vuelve de nuevo al principio; decimos con frase sabia: es la edad y es cierto, en esos años todo se vive apasionadamente y el ánimo se entristece sin saber porqué; los sentimientos aún no tiene una arquitectura fuerte y son fácilmente influencias y tienen oscilaciones giratorias muy frecuentes. En la primera juventud existen ya más elementos de juicio y la vida se pone delante con todo su realismo: si uno quiere avanzar, tiene que saber hacia dónde; el que no sabe lo que quiere está perdido y sólo resuelve el día a día, pero le falta perspectiva. El adulto empieza a tener resultados de todo lo que ha ido haciendo: los argumentos de su existencia han ido dejando un poso que puede ser estudiado con un cierto rigor; estamos ante una biografía más elaborada, pues los años no pasan en balde. Cada edad reclama su propia gama de matices.

Cada etapa de la vida tiene sus notas peculiares y sus inquietudes propias y sus luchas específicas. Es el destilado de la aventura de vivir según los años que se tienen. La personalidad va funcionando como centro rector de todo el patrimonio psicológico y si tiene una buena armonía, irá siendo como un castillo amurallado, en el que uno se protege de los enemigos y dificultades exteriores. No hay nada peor que estar desequilibrado, perdido de uno mismo y sin saber qué está pasando en la parcela más íntima de uno mismo. No hay visibilidad interior. Por eso, para ser feliz lo primero que necesitamos es haberlos encontrados a nosotros mismos.

La mansión de la personalidad es habi-

tada por los componentes físicos, psicológicos, sociales y culturales. Tetralogía de huéspedes complementarios que se influyen recíprocamente. La enfermedad modifica de alguna manera el temple del estado de ánimo. De igual modo que la soledad excesiva pesa y modifica el estilo de ser. La cultura sirve de trampolín, para saltar en una pirueta inteligente sobre uno mismo, elevándose por encima de muchas circunstancias. Superficie y profundidad. En las crisis depresivas, por ejemplo, hay un repliegue sobre sí mismo, que invita a dirigirse al pasado y quedarse con los recuerdos más negativos: los sentimientos de culpa emergen silenciosos. Mientras que en la ansiedad, la personalidad se ve empapada de un porvenir incierto, temeroso, difuso y poblado de malos presagios. Y así sucede según las circunstancias: unas veces es el pasado el que toma el mando y, en otras, predomina el futuro. Esta pendulación puede desplazarse hacia dos polos, interioridad-exterioridad o pasado-futuro. Pero lo que el ser humano debe conseguir es vivir apoyado en un presente fugaz, transitorio, ave de paso permanente, que sirve de cauce para que los hechos transiten su geografía. Persona y biografía. Binomio inseparable de hechos reales y magia. Datos objetivos y estilo propio de afrontar las mil y una variedades de acontecimientos que pueden atravesarnos.

Las formas de vida desestructuradas se han popularizado. Lo diría de un modo más rotundo: se han demo-

cratizado. La información nos lleva y nos trae modelos humanos inconsistentes, con poca densidad y eso produce un efecto alentador, que neutraliza nuestros fracasos y a la vez, nos proyectamos en esas vidas. La permisividad y el relativismo son el sustrato por el que se mueven muchas vidas: lo que se puede encontrar debajo es eso y una brisa humanística suave y desdibujada. En esas brumas se disuelven muchas personas y se van tornando desajustadas, sin un centro de gravedad que las vertebral.

Tiempos revueltos. Pero me pregunto, ¿cuándo han sido serenos, pacíficos, no conflictivos? Basta echar una ojeada a la historia más reciente de Europa y comprobar que estamos en unos momentos relativamente buenos. Es más, creo que el ser humano está cada vez más preparado para vivir instalado en la incertidumbre, el desconcierto, la perplejidad. Es mayoría la gente desorientada. Probablemente este es un signo de la postmodernidad, la resaca que ha dejado su paso. Y a la vez, los grados de libertad han crecido enormemente, lo cual debería darle alas a la personalidad de tantos seres humanos y hacerlos mejores; son pocos los países que no tienen democracia, aunque las diferencias económicas y culturales siguen siendo enormes. Una sociedad complejísima, trabada y enhebrada de ingredientes muy contradictorios que se mueven y hacen ruido y conducen a tantos individuos a no saber a qué atenerse, por una diversidad en donde se mezcla el blanco y el negro, lo bueno y lo malo, lo excelente y lo perverso... y en donde los nuevos enemigos de la sociedad planean de forma solapada: el aburrimiento, el hastío, la depresión, el cansancio psicológico, el escepticismo, la incultura, la frivolidad a la vuelta de la esquina y a la vez, la tragedia servida en bandeja y explicada con detalle por la omnipresente televisión y otros medios menos resonantes.

El perímetro social de hoy hace que se tambaleen los puntos referencia y emerge una nueva perplejidad: es la revolución del desconcierto y del pensamiento débil. Todo se vuelve endeble, ligero, a punto de desmoronarse: me refiero a lo más humano de la existencia, a la persona en concreto. Y esto incide directamente sobre la célula de la sociedad, que es la familia. El escepticismo es una verdad cansada. Y es propia de los tiempos que corren, en donde cada vez uno cree menos en principios firmes e inamovibles. Todo se mueve: el paisaje se ha dibujado acuoso y ha ido dejando de ser terrestre. El individualismo se ha convertido en una fortaleza, en donde muchos se atrincheran, levantando la bandera del subjetivismo.

Parece que han desaparecido los héroes. Las vidas extraordinarias no interesan, salvo que sean rotas o fragmentadas. Tener un cierto equilibrio psicológico resulta para muchos algo aburrido y nada interesante.

Está de moda estar en crisis. Se lleva el que no existan convicciones fuertes: una cultura light, en donde lo importante después de la democracia es dejar de fumar y convertir cualquier relación en algo de usar y tirar. Estamos en la era del plástico o del klinex. Aburguesamiento que narcotiza e invita sólo a consumir y a dejarse llevar y a permitirlo todo (prohibido prohibir, es el riesgo de que alguien se neurotice). La vida deja de ser apasionante y se convierte en algo tonto, simple, vacío, ridículo, en donde los grandes argumentos se quedan en la cuneta y son sustituidos por otros de rebajas.

Si éste es el paisaje que nos envuelve, los desajustes de la personalidad es lógico que se hayan multiplicado. Una sociedad que se ha ido convirtiendo en adolescente, que tiene unas notas esenciales de inmadurez colectiva, se van transformando en neurótica, pues los mensajes son tan contrapuestos que es difícil reconciliarlos.

AGUSTÍN CEREZALES

ESCRITOR

## Milán

Me gusta Milán. Bajo el cielo eternamente encapotado, las casas dejan crecer en sus azoteas jardines fabulosos. Si el alcalde de Madrid fuera el alcalde de Milán, no habría terrazas arboladas, no habría tranvías, no habría granito rosa en el empedrado, no habría modelos desnudos en los estudios de los fotógrafos, no habría noche ni día en Milán, sino sólo túneles, túneles y granito de Porriño, y granito artificial y chirimbolos, y cosas así, ya saben ustedes, pero afortunadamente los alcaldes no son bienes exportables, no hay circulación libre de alcaldes en la aldea global, y perdonen los exabruptos, no qué me ha pasado, pero es que me gusta tanto, de pronto, Milán, tanto y tan claramente en comparación a Madrid... Tendré que estudiar el asunto. En Madrid, por ejemplo, y a pesar del alcalde, todavía puede escucharse flamenco. Hum... Estoy

desbarrando. Ahora bien, desbarro porque me siento a gusto. Es un buen lugar, Milán, para pasar unos días. Industrioso, fabril, capitalista, reaccionario, berlusconiano y pesetero, no deja de tener por ello un encanto provinciano y adusto, antiturístico. La capital económica de Italia no podía ser una metrópoli, y no lo es. Por otra parte, nada más lejos del hechizo napolitano, de acuerdo. Y tampoco nada más ajeno a la finura florentina, a la suficiencia romana, al *pathos* veneciano, hasta ahí íbamos a llegar. Ya se sabe: francogermánicas codicias la cortejan. ¡Pero qué italiana es, con todo, esta ciudad! ¡Con qué inocente perversidad, con qué astuta gracia me mira esa vendedora de helados, toda modosa, toda severa, sí, pero también puro peligro, peligro de muerte, boda y bautizo! Quién sabe, a lo mejor es aquí, en una de estas calles, donde vive Fiametta.